También la iconografía de *La Edad del Oro* es variadísima: dibujos, grabados de distintos siglos, reproducciones y estupendas fotografías de paisajes, gentes, objetos y monumentos.

En cualquier caso, sorprende ver reproducido un fotograma de la película *Aguirre o la cólera de Dios,* del cineasta alemán Werner Herzog, donde se nos presenta un Lope de Aguirre, interpretado por el actor Klaus Kinski, excesivamente wagneriano, y que muy poco o nada debió tener con el colérico personaje vascongado. Aguirre fue retratado por alguien que le conoció, Fray Reginaldo de Lizarraga, de esta forma tan aguda: *un vizcaíno llamado Lope de Aguirre, de mediana estatura, no muy bien tallado, cojo, gran hablador y jurador, si no queremos decir renegador... Vi a este Lope de Aguirre muchas veces siendo yo seglar, sentado en una tienda de un sastre vizcaíno, que en comenzando a hablar hundía toda la calle a voces.* ¿Qué tendrá que ver este Lope de Aguirre con el estilizado al máximo por Herzog? Pero esto en el conjunto del libro es sencillamente una anécdota.

Al margen de reconocer el gran valor de la memoria de un pueblo en este libro, se hecha muy en falta al término de cada uno de los textos transcritos, una mayor información tal como lugar o fecha de edición. Es cierto que al final del libro se hacen unas útiles notas sobre autores y textos, pero esto no impide para que en las consiguientes crónicas y testimonios de la conquista del Perú se aporten estos datos fundamentales, no ya para los investigadores sino para el público en general.

Emilio Temprano

Una poética obsesión

Por suerte para la literatura y para las demás artes ya se está dejando de hablar de «la inspiración» como materia prima de la producción intelectual. El «caballo volador» de que hablaba Bécquer, era entendido como un generoso fantasma que acudía en ayuda del artista cada vez que éste se disponía a trabajar ya fuera frente al lienzo en blanco, el papel o el trozo de mármol, todo ello duro, en su estado amorfo.

Creo que es concretamente desde Neruda cuando se viene hablando del Trabajo, con mayúscula, como base y principio del quehacer artístico. Neruda era un obrero de su oficio. Se ponía el «mono» todas las mañanas y herramientas en mano, procedía a sacarle al torno de su escritorio lo más moldeado de sus figuras, metafóricas, poéticas. A partir de este concepto planteado por el chileno y demostrado paso a paso en su ingen-

te obra, a la literatura el gran público viene mirándola de otra manera, cogiéndole un poco más de respeto. El escritor ya es considerado un trabajador, con todos los respetos que se le prodigan al albañil, el médico o el camarero. Antes era una especie de soñador sin almohada, un ser que andaba flotando por la calle sin horizonte ni futuro; hasta de parásito social le habían llegado a tratar ciertos populachos.

Pero he aquí que Héctor Rojas Herazo da una pirueta en el espacio conceptual y no nos habla de inspiración y ni siquiera de trabajo con toda la connotación madrugadora y fichadora que esto pudiera tener. No. Nos habla de obsesiones. Su producción literaria es fruto de los millones de cosas que le obsesionan, hasta el punto, ahora sí, de que las obsesiones le tienen empleado, le pagan sueldo, como ha llegado a decir. Y *Celia se pudre*, su última entrega,* no es más que el producto de sus inacabables obsesiones, de ahí el volumen del libro, que no obstante Rojas Herazo se ha visto en la obligación de prensar al máximo para que esas páginas no desbordasen el millar y medio largo que tendría la descripción poética de tanta obsesión.

Incluso de vasto poema se ha llegado a calificar esta novela de la que en ocasiones el despistado lector podrá perder el hilo argumental de la epopeya. Rojas Herazo no nos propone una historia con un perenne desenlace de sucesos que por obligación deban tener un final feliz o desgraciado. Las cosas están iguales a todo lo largo del libro, simplemente porque la obsesión jamás abandona al cuerpo del que se ha posesionado. Desde el principio lo ha hecho suyo y no va a salir de él ni con el más eficaz de los exorcismos. El pulso que mantiene Rojas Herazo con el duende es uno que siempre estará en mitad de la raya y las manos vibrarán lo que dure la prueba que al final de cuentas quedará en un decoroso empate. El pudrimiento de Celia es esa obsesión de la que se ha tomado posesión acaso desde el mismo momento de la concepción. La poesía viene a hacer de artesano que aprovechando lo mejor de su arte filigránico, talla el diamante en bruto que es lo obseso y que al encontrarse con lo poético, saltan al espacio con furia, como la erupción de un volcán que ha estado acumulando energía en el centro de la tierra y que al fin se ha decidido a expulsarla a un exterior a lo mejor árido y sediento de vida. La obsesión áspera de Héctor Rojas Herazo se amanceba afortunadamente con su musa ágil y diáfana y de allí salen un sinnúmero de episodios que en manos de un escritor sin perspectiva metafórica, que los hay y son legión, no serían más que la exposición cruda y anodina, desprovista de magia.

Rojas Herazo ha querido ser honesto, pues como se apuntaba antes, el inmenso caudal de sus obsesiones daba para muchas páginas. El esfuerzo que ha supuesto a lo mejor nos ha privado de una exposición más amplia de la obsesión como elemento literario, pero en descargo de esto hay que anotar la valentía del autor al arriesgarse a dar a la imprenta ochocientas páginas de novela, precisamente a un público poco amigo de la comunicación mental con el arte. Es otra de las malas suertes de la literatura, enfermedad que no padecen sus hermanas. La música, por su carácter de emisión a buena distancia del espectador, se presta a que sea consumida con más facilidad aunque, claro está, cae en el peligro de ser pasto de la frivolidad y otros males. No obstante, está

* Celia se pudre. *Héctor Rojas Herazo. Editorial Alfaguara. Madrid, 1986.*

en ventaja con respecto a lo escrito, pues al texto debe acudir el cliente, con toda su capacidad para interesarse por lo que un señor ha plasmado allí en incontables horas de su vida. Pero Rojas Herazo ha sido valiente en este sentido, en vez de dividir el tema en un sinnúmero de libritos como para que ni editorial ni lector se asustasen. Pudriendo a Celia en diez o más tomos, Rojas Herazo a lo mejor, tendría más espacio y tiempo para pintar allí, en un acrílico más diciente y tenaz, la inmensidad que lo obsesiona. Pero al telegrafiarnos de tal forma la novela, nos compensa de la brevedad y recopilación, pues la obligación por el descubrimiento y el acompañar paso a paso lo expuesto, resultan ejercicio interesante del que se pueden extraer interesantes elementos, si el lector está decidido plenamente por un aprendizaje literario. Rojas Herazo no es que se proponga una labor didáctica en *Celia se pudre,* pero lo logra involuntariamente, con el inmenso derroche de originalidad y recreo de poesía, todo en extenso, de poca circulación en nuestro medio hispano.

La multitud de alegorías que hay en esta novela, sería una enumeración prolija que no vendría a cuento en esta reseña. Aludiendo a temas y sentimientos tan dispersos como el amor, el odio, la envidia, la mediocridad y el conformismo, el terror y la alegría (muchas veces presentados por separado, otras en singular conjunto) Rojas Herazo sabe penetrar perfectamente en el alma humana y recordarnos que el ser humano está compuesto de todos estos materiales y que hay que hacer hincapié en ellos y no con ánimo de recreo pernicioso, sino más bien como exorcismo purificador. De todos estos elementos podría destacarse el terror pues, como Rojas Herazo ha dicho en muchas ocasiones, él es germen que está en mucho de lo que hace. Es el epicentro de su pintura y no es ajeno tampoco a sus novelas y poemarios; podríamos decir que le acompaña como un estigma, una marca indeleble, de la que trata inútilmente de liberarse y que apenas calma, sin llegar a sanar en su totalidad. Dice Rojas Herazo que... «el hombre vive desde y por el terror. Es algo que le acompaña desde el mismo momento de su nacimiento, puesto que terror tenemos a toda contingencia humana que pudiera destruirnos. La arquitectura humana es tan frágil que cualquier accidente, por mínimo que sea, podría dañarla irreparablemente y hasta destruirla por completo. Por eso el terror nos acompaña siempre y se convierte en una sombra ingrata. Por eso yo no puedo olvidarlo como personaje». Pues bien, fiel a la anterior descripción, el personaje que protagoniza *Celia se pudre* es una víctima del terror que le produce el estar toda la vida metido en un ministerio, con un cúmulo de aspiraciones sin realizar y que le han venido mordiendo desde niño. Pero la suerte está echada pues el resto de sus días se dibujan como una larga serpiente, casi muerta, con una energía viva pero no vívida, días que por fuerza tendrán que transcurrir entre las paredes del ministerio. Un ambiente no embalsamado pues sería demasiada la dicha, y sí momificado que no viene a ser exactamente lo mismo. El embalsamamiento conserva el cuerpo intacto para toda la posteridad y la momificación presentará un cadáver que se ha negado a una noble y digna putrefacción. La diferencia estriba en que el funcionario a cambio de no vivir en plenitud, pugna contra el destino por un glorioso embalsamamiento que al menos le compense de la desgracia. Pero la imposibilidad se masca a cada paso, pues la vida que transcurre entre aquellos muros, apenas dulcificados por una compasiva luz de neón, no es más que la menos propicia a un esmerado proceso de embalsamamiento. Y no lo es, pues los ungüentos usados son los de la mediocridad y el conformismo que, como

un halo de ingratitud, sobrevuelan la cabeza del funcionario. Entonces él, sin remedio, empieza a pudrirse pero en una dimensión cuyo divertimiento le compensa de la desgracia; se pudre por delegación, en el recordar constantemente a su abuela, personaje ya mítico en todo el bregar literario de Héctor Rojas Herazo. Con la abuela como vocera vienen personas y escenarios, episodios de todos los colores de la vida del pueblo, cuya psicología y enfoque de la vida están en continua discordancia con el ambiente que ahora rodea y absorbe al pobre funcionario. El se muere en esa arena movediza y lucha por no verse tragado, lo que va logrando y que a la vez le sirve de bálsamo para hundirse por completo.

A reflexión sobre la Colombia actual alude la solapa del libro. Creo que no es solamente sobre la actual sino sobre la de siempre, ya que sería muy difícil dividir la historia del país en dos, tres o en las partes que fuera necesario en una epopeya novelística. Para ello tendríamos que acudir a la política, a la historia, economía y otras ciencias y darle al trabajo, no el nombre de novela, sino de tratado o ensayo. La reflexión que se hace Rojas Herazo en *Celia se pudre* sobre su país, no es científica sino poética, con la sangre corriéndole en las manos llenas de luz.

La Colombia actual se presta a muchas interpretaciones y si hay que ser fiel a la realidad, la reflexión sería muy dolorosa. Es un país que presenta una decadencia antes que le haya llegado el triunfo, donde se está pagando muy cara la anarquía que los gobiernos anteriores han permitido en un alarde de liberalismo y de apertura democrática. El que el narcotráfico campe por sus respetos, llegando a convertir al país en una especie de tierra de nadie y de todos, se debe a la corrupción a todos los niveles. Cuando se llega a Colombia se siente como si allí no hubiera gobierno y conceptos como Estado, Justicia, Policía, fuesen una caricatura. No es que toda esta sarta de desgracias vengan plasmadas cruda o implícitamente en *Celia se pudre,* pero sí habría que hacer una reflexión de la Colombia actual, como alude la solapa, habría que empezar por ahí y terminar por el mismo sitio.

Si hay reflexión sobre Colombia no es solamente acerca de la actual sino de la de toda la vida, aquella nación subterránea que no muere nunca, que resiste a todos los embates del tiempo. Dicen que el tiempo no perdona, pero a veces sí deja cosas que son indestructibles y esos valores impermeables del país sí están reflejados en la novela de Rojas Herazo. Valores que muchas veces, no es que lleguen al divorcio, pero sí a la matización precisa que diferencia a las dos partes que componen al país; y no es que lo dividan necesariamente. Colombia, junto con Venezuela, presenta la singularidad de aglutinar en un solo territorio a dos de los muchos ámbitos que integran la sociología latinoamericana: el Caribe y los Andes. Los países ribereños de este mar, que durante el Imperio español llegó a tener tanta influencia como el Mediterráneo, son por color de su paisaje y etnografía un tanto diferentes a los que tienen la Cordillera como punto de asentamiento, ya sea poblacional o como simple referencia geográfica. Incluso se ha llegado a hablar de una confederación de Estados del Caribe, Mercado Común Caribeño, etc. Al mismo tiempo, los Andes presentan su propia dinámica socio-económica, que no es que sea antagónica con la del Caribe, pero sí se hace necesario detenerse en la matización. Colombia, como Estado enclavado entre ambas realidades, es partícipe de lo que suceda arriba en las cumbres y a orillas del mar cálido. Y no siempre

esta situación que le han dado la geografía y la historia ha sido punto de conciliación y de diálogo. Así mismo, la existencia de una rivalidad, velada, entre las dos partes del país es latente. En Colombia, como en todos los países de corte unitario, el centralismo tiene la culpa de todo. Desde allí se mira al resto de la nación como a las «provincias», del mismo modo que en España, como si la capital fuese la metrópolis de un supuesto imperio. La confrontación es clarísima y no sólo por motivos folclóricos sino que obedece a aspectos bastante más serios, trascendentales para la marcha de toda la nación. La costa norte colombiana es, por su obvia situación geográfica, un punto de encuentro y contacto con el vigoroso mundo del Caribe que recibe los aires de Norteamérica y Europa. Las masas migratorias siempre se han movido con relativa facilidad y si en Bogotá hubiera la inteligencia que faltó, no sólo en este caso sino en muchísimos más, Colombia se hubiera beneficiado de las grandes migraciones europeas que acudieron a Hispanoamérica a finales del pasado siglo y primeras décadas del actual y que encontraron mejor abrigo en Brasil, Chile y el Río de la Plata. Ya Rubén Darío, cuando era cónsul de Colombia en Buenos Aires, se lamentaba de la ceguera de las autoridades bogotanas al respecto y siguió recordándosela en libros y otros escritos; como siempre, desde las nieblas de la antigua Santa Fe, no se veía al mundo más allá de las estribaciones de la sabana. Pero algo de este aluvión humano alcanzó a asentarse en el Norte colombiano y es así como Barranquilla surgió con aire distinto a la aristocrática y nostálgica Cartagena, o a la, desde siempre, frustrada Santa Marta, una de las ciudades más antiguas de América. Barranquilla es una especie de Bogotá en el Caribe, con una autoridad moral que sobrepasa el ámbito colombiano, para cobrar entidad de decana en todas las Antillas. Desde esta ciudad, capital del departamento del Atlántico, se ha venido presionando contra todo lo interiorano y centralista. La pugna ha llegado hasta el punto de hablarse de separatismo, con la idea de una República del Caribe, como arma arrojadiza; quimera que afortunadamente no ha tenido eco importante y queda como resultado de la reacción airada de grupúsculos de autonomistas.

En Bogotá se ha concentrado todo lo del interior hasta el punto de que las otras regiones del país, excepto las caribeñas, se han venido amalgamando con lo bogotano, perdiendo toda personalidad. Estas regiones, junto con la capital, aglutinan un setenta por ciento de la vida nacional en todos sus aspectos. Lo restante, o sea el país costeño propiamente dicho, funciona como una entidad separada en lo psicológico, que ya es preocupante para la unidad y la marcha de la nación. Pero en Bogotá siguen sin enterarse. Es más, bogotanizan al país y cualquier apertura de diálogo donde se mencionen términos como autonomía o federación, es automáticamente tachada de separatismo y traición *(sic)*.

Todo esto viene a cuento referente a lo dicho en la solapa de *Celia se pudre,* reflexión sobre la Colombia actual... Como se ve, dicha reflexión se puede hacer desde variadísimos puntos de vista y en el caso exclusivo de la novela habría que empezar por ahí, dado que el personaje es un costeño, no militante de ninguna bandería política, pero sí sufriente de lo que para él significa el desarraigo y el tener que esperar el fin de sus energías dentro de las paredes de un ministerio bogotano.

¿Y quién es Celia? ¿Qué papel ocupa en esta dilatada obra? Celia es una excusa, un personaje con todos los requisitos para ser mitológico, y a fe que lo logra, pues a

esa Celia nunca la podremos asir pues carece de materia tangible. Llena de una corporeidad luminosa, totalmente onírica, sirvé de base a donde llegan los recuerdos obsesionados del protagonista. En esta Celia hay mucho de la propia abuela del autor, a través de la cual el nieto canaliza todo un universo poético de una vastedad todavía poco ejercitada en la prosa de nuestros días. En esa Celia mítica, flota todo el mundo de la Costa añorada a más de mil kilómetros de distancia y dos mil seiscientos metros de altitud. Las voces, el color, fauna y flora propias de un territorio cuya dinámica hay que encerrarla en un tubo de ensayo, para analizarla como bicho raro con ojos bogotanos. Están presentes el calor agobiante del trópico, la anchura del mar que pone alas de gaviota a la mente del hombre, ritmos cuya polifonía desalojan a la tristeza de los cuartos más oscuros del alma. En medio de todos esos recuerdos el tiempo transcurre, inexorable, pudriendo a quien no puede hacer nada más que sentir cómo le muerde las venas, metiéndole en ellas otra sangre, la que producen los glóbulos de la burocracia y el conformismo.

Celia se pudre es un libro de compleja lectura, pues es una obra desprovista de las consabidas formas clásicas o de las que se intentan en nuestros días. Para que una novela así dé que hablar en medios de la popularidad extendida, van a necesitarse varios años pues es algo que debe calar y no solamente hondo, sino profundo, sin temor a que reflote frívolamente. Y sin temor a equivocarme, diría que *Celia se pudre* es un libro de consulta, pues en él se puede explorar toda la trayectoria poética de Rojas Herazo que en la novela ha sido vertida con voces y tonos distintos, acaso en ese eterno libro que siempre están haciendo de sí mismos los escritores, parte del inmenso e inagotable que elabora la humanidad entera, como señaló sabiamente el maestro Borges. Se puede leer una página de *Celia...* y quedarse únicamente con ese contenido para reflexionar (no solamente sobre Colombia) sino sumergirse un poco en la obra de Rojas Herazo, cuya literatura linda en todo momento con su pintura.

Héctor Rojas Herazo es un artista de dos expresiones, pero quedaría fuera de lugar aquí una reseña de su pintura. Sólo apuntar que, como dice él mismo, con el trabajo de pintor se compra su tiempo de escritor. Pintura y literatura son una misma cosa para él y jamás se atreverá a diferenciarlas por temor a la injusticia. Se confiesa perteneciente a la materia tanto poética como pictórica, dejándose llevar por ella, no siendo él el conductor. Tan sólo es un instrumento que obedece fielmente al mandato ya sea con un pincel en la mano o llenando parsimoniosamente las cuartillas. Es lo mismo. Sólo existe una diferencia en las formas, apenas una apariencia que se apresta a solucionar con los matices apropiados que se ajustan a lo que pide cada cosa, sean letras o manchas de óleo. Las relaciones estrechas entre pintura y literatura son de viejísimo cuño, pero hasta ahora es cuando se habla racionalmente del tema. El pintor escribe con colores y el escritor pinta con palabras. La deducción parece simple, pero han tenido que transcurrir años para llegar a ella y sobre todo para asumirla como algo real, hasta el punto de que cada vez es más común la dualidad pintor-escritor y lo que es más gratificante para todos, la calidad que resulta de tan feliz matrimonio. Y la vehemencia comunicativa en las dos obras de Héctor Rojas Herazo palpita, hasta el punto de hacer decir a Luis Rosales que «a sus cuadros les corre sangre por las venas».

Sangre que una vez más hace que los que la tienen en común se busquen y esa haya

sido la causa de que Héctor Rojas Herazo se encuentre en España. El director de esta revista, comparte con el autor de *Celia se pudre* una devoción por César Vallejo que les ha unido, desembocando para Rojas Herazo en una necesidad como el encuentro con la Madre Patria y sus gentes, un lugar a donde un hispanoamericano no llega de visita, sino al que regresa, como se ha dicho, y comprobado, en innumerables ocasiones. Para Rojas Herazo, España es el solar de sus mayores y la capital del idioma en el que escribe. Aunque la lectura de obras de todo tipo esté pasando por mal momento en España, este país es excelente plataforma para lanzar una obra literaria a todos los ámbitos del idioma. Rojas Herazo se queja de su país, diciendo que en Colombia no hay editoriales sino imprentas y que así es imposible llegar a donde se quiere. Y la necesidad estriba en la comuninación, ese estar a solas con el lector para contarle obsesiones por ejemplo, obsesiones poetizadas, como el caso de *Celia se pudre.* Relato de obsesiones que vayan más allá del círculo de amigos o hermanos literarios y que posibiliten algo más que una invención. Rojas Herazo acierta cuando dice que «uno está inventado en muchos aspectos por los amigos», cuando recuerda su primera exposición en la Casa del Periodista en Cartagena (Colombia). En España ha tenido también sus inventores. Félix Grande y Luis Rosales han colaborado en esa alquimia y el producto no es malo, por lo que se lee y se ve.

El problema de la extensión de *Celia se pudre* no lo sería tanto, si Rojas Herazo ocupara el lugar en el mundo hispanoamericano que le corresponde con justicia. Hablar en Colombia de él significa lo mismo que si en España se le pregunta a alguien por la calle, oiga usted, ¿sabe quién es Gonzalo Torrente Ballester o Camilo José Cela? Pero los «ojeadores» del *boom* famoso, se dejaron en el tintero a buena parte de escritores y con Colombia sucedió lo peor. Acaso porque la única ciudad del país que les sonaba era Bogotá y allí en ese momento no había nadie con la suficiente entidad como para imprimir su nombre en las letras de molde europeas. Ya García Márquez se las componía por sí solo para subirse al carro del *boom.* Pero en la Costa Atlántica colombiana había autores que con seguridad no habrían desmerecido tan cálida atención. Desde hacía años se venía incubando el famoso grupo de Barranquilla que dio nombres como el de García Márquez, Alvaro Cepeda Zamudio y el mismo Héctor Rojas Herazo. Grupo que se venía reuniendo en el Café Colombia y que era frecuentado por intelectuales de la talla de Ramón Manrique, escritor y periodista interiorano, que ejercía una especie de decanatura en el grupo de jóvenes talentosos y al que los costeños perdonaban su procedencia, no siendo éste el único episodio de buen entendimiento entre colombianos, pues las fuerzas vivas del país aspiran a ello, al margen de la ceguera oficial. Pero llegó un momento que el ámbito geográfico de Rojas Herazo se hizo demasiado chico y tuvo que trasladarse a Bogotá aunque de un modo no definitivo. Allí editó sus primeros libros e hizo varias exposiciones. Pero, no obstante, fue invisible para los detectores del *boom* y las imprentas colombianas nunca han tenido el complejo de editoriales, como para ver que más allá de las fronteras también hay gente que lee en el idioma y que puede comprar libros.

En opinión de Héctor Rojas Herazo, el *boom* no es tan malo como lo pintan pues ha revitalizado la atención mundial sobre el idioma. Esperemos que *Celia se pudre* esté llegando al lector español con la facilidad que merece y que quede como lo propuesto

arriba, como libro de consulta poética, buen ejercicio para practicar el recuerdo y por qué no, la obsesión, motor del espíritu. Carlos Marx se refería a la violencia como la partera de la historia, o sea que los cambios en la humanidad tenían que venir de la mano de eventos profundamente violentos para que llegaran a materializarse. La obsesión puede impulsar al individuo a moverse y no solamente en lo físico sino en lo intelectual. Puede la obsesión también convertirse en partera de la historia, con mejores mañas que la violencia, ya que tiene la capacidad de modular voluntades, mientras que la otra ciega y enloquece.

Si Colombia viene a desfilar por las páginas de esta novela y son éstas un excelente acercamiento a la vida del país para aquel que tenga poca noción acerca de él, también está invitada la humanidad, pues quitándole el nombre de Colombia a la nación, cualquier otra puede servir de arquetipo, haciendo lógica abstracción de la mención paisajística. Simplemente porque personajes y situación están construidos de carne y hueso, a los que el hálito del poema no es ajeno. Y a este mágico conjuro estamos convidados todos, costeños e interioranos, colombianos o no.

Miguel Manrique

Antonio Machado, a tres bandas

La bibliografía sobre Antonio Machado ha ido desarrollándose, desde la década de los cuarenta hasta hoy, con ritmo de constante crecimiento, sin acelerones asombrosos y sin pausas indicativas de retorno a la oscuridad siquiera relativa. Podríamos distinguir varias fases en esa presencia, biográfica o analítica, de un nombre ya de sobra clásico. La primera fue la del intento de recobrar para todos una figura signada como pocas por la tragedia de la guerra civil. Entonces, el prólogo de Dionisio Ridruejo a las *Poesías completas,* aunque con palmarios desenfoques, sirvió para que el rescatado no pasara al índice de los malditos. El número de *Cuadernos Hispanoamericanos* fue un importante refuerzo de esa misma intención.

Después llegaría el momento de los libros biográficos y, también, de los que, apoyándose sobre todo en la obra machadiana última, la que firmó casi siempre Juan de Mairena, mostraron al radicalmente adscrito a la causa republicana, atisbador de algunos de los nuevos rumbos que hubo de seguir la poesía durante el período de posguerra, aunque don Antonio siempre guardase su ropa; es decir, lo que él llamaba su